



HALL, Edith. *Los griegos antiguos. Las diez maneras en que modelaron el mundo moderno.* Traducción de Daniel NAJMÍAS. Barcelona: Editorial Anagrama, 2020. Argumentos, 539. 395 págs. [17 X 22]. ISBN 978-84-339-6448-9.

Todos somos hijos de Grecia, a pesar de que, con Goethe, no sepamos definirla, pero la sintamos, hablemos del milagro griego o de los griegos sin milagro. Grecia forma parte de todos nosotros, para bien y para mal, si bien el fiel de la balanza se decanta indiscutiblemente hacia el lado de una herencia benéfica y salvífica para la humanidad. Todos somos herederos de los griegos, Grecia forma parte de todos nosotros y eso lo sabe muy bien Edith Hall que nos regala, de nuevo –un hábito pasmoso–, un libro que atrapa de principio a fin y que nos recuerda que los griegos *vehicularon los logros de otros pueblos de la antigüedad*, pero demostraron su talento excepcional al brindarnos creaciones como la democracia ateniense, la comedia griega o la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles.

Edith Hall es una helenista experimentada y con un ojo crítico envidiable y no siempre habitual, por no decir que, en la más pura tradición anglosajona, su discurso fluye con las persuasivas palabras de un rétor griego. Clasicista formada en Oxford, tras un periplo académico por prestigiosas universidades (Cambridge, Oxford,...), ha fondeado finalmente en el Departamento de Clásicas y Estudios Helénicos del King's College de Londres. Autora de múltiples e insustituibles libros (*Inventing the Barbarian; Greek Tragedy; The Return of Ulysses: A Cultural History of Homer's Odyssey...*), primera mujer en recibir la Medalla Erasmus de la Academia Europea en 2015 y colaboradora del *Times Literary Supplement*, su activo más relevante es que, a pesar de ser especialista en literatura griega, tiene un conocimiento enciclopédico de la cultura helena; no en vano la autora gusta de subrayar que se dedica a navegar por ese mar insondable y fascinante que es la historia cultural.

Los griegos antiguos es una historia cultural de la Grecia antigua desde el siglo XVI a.C. al IV d.C., un vasto marco cronológico para un piloto inexperto, pero que del timón de Edith Hall se fija siempre un rumbo con precisión pitagórica y se fondea en múltiples destinos o se habita en múltiples moradas. La metáfora marinera está más que justificada porque los griegos gustaron de la afición a los viajes por mar, fueron unos marinos apasionados, una de las características de la civilización helena que junto a otras nueve fija los distintos puertos en los que recalca el libro de la helenista británica, puertos y moradas que sirven de contexto –el contexto es imprescindible en toda historia cultural– para pensar sobre el genio griego de la mano de sus gentes y de personalidades tan relevantes como Pericles, Leónidas o Plutarco, entre una pléyade de nombres de una tierra tan feroz en talento como necesitada para vivir. Diez periodos de la historia de Grecia emparejados con



una característica fundamental del genio griego, localizadas también cada una de ellas con un nombre –o múltiples– y una zona geográfica. Esas diez características son diez rasgos que definieron la esencia de lo griego: la afición a los viajes por mar, la desconfianza hacia la autoridad, el individualismo, la curiosidad insaciable, la apertura a ideas nuevas, la pasión agonal, la admiración por la excelencia o virtud, la seducción por el lenguaje y la adicción al placer.

Comienza la travesía por el mundo micénico y los marinos de Micenas (capítulo 1), con Homero, Hesíodo, Schliemann o Michael Ventris, la poesía épica y la arqueología, el hexámetro y el lineal B de las tablillas de los palacios de Pilos, de Cnosos, en menor medida, de Micenas, con los frescos de Akrotiri o el extraordinario cementerio de Lefkandi. Griegos navegantes y guerreros que ya desde los orígenes buscan aquí y allá lo que su yerma tierra les niega. Serán los griegos un pueblo curioso como pocos: ensimismados narcisistas en su singularidad, viajarán por todo el Mediterráneo (*talassa*) aprendiendo y mejorando la mercancía y la pacotilla atesorada en las bodegas de sus trirremes.

El capítulo 2 está dedicado a la creación de Grecia, esto es, a la construcción de una identidad y al inicio de la invención de una tradición. Se nos introduce en el mundo heroico de Homero y en la moral popular de Hesíodo, que pone orden también al mundo de los dioses y al cosmos con su *Teogonía*. Los griegos del arcaísmo se aficionaron a la polémica y el debate (*agón*), una cultura agonal que la ciudad-estado, la *pólis*, no hizo más que estimular.

El capítulo 3 sigue moviéndose en el arcaísmo y, en concreto, en la expansión colonial griega, cuando los griegos, en palabras de Platón, habitaron *como hormigas y ranas alrededor de un estanque* y ya para siempre hicieron de sus vidas un vivir del mar. También se nos introduce en la forma política de la tiranía y en el mundo de la lírica de Arquíloco, Safo o Píndaro, entre otros, y en esa institución tan genuinamente griega como el banquete, junto al gusto por lo étlico, la poesía convival y las heteras, una de esas manifestaciones del placer tan estimadas por los griegos.

Decía Aristóteles que la filosofía nacía de la curiosidad y de la admiración y fueron los jonios los primeros en preguntarse por la estabilidad tras una realidad cambiante, sobre el principio y fundamento de todas las cosas y por salvar las apariencias. A ellos se dedica el capítulo 4, desvelándonos el paso del mito al logos y los primeros pasos del pensamiento racional, proceso que irá pisando firme y que culminará al final del período con la medicina hipocrática o el nacimiento de la historia con Heródoto.

Otra de las maneras a través de las que los griegos modelaron el mundo moderno fue la democracia, sistema político al que está dedicado el capítulo cinco con un título de claras reminiscencias popperianas –y quizás algo idealista y liberal a la manera de Grote–: *Atenas, sociedad abierta*. Por él transitan los padres fundadores Solón y Clístenes, el profundo Sófocles y el gran Pericles, el severo Esquilo, el ambiguo Eurípides o el cáustico Aristófanes, el maestro de la *Realpolitik*, Tucídides, y las muestras de un pensamiento de



enemigos de la sociedad abierta como el reaccionario Platón, el panfletista Viejo oligarca, el aciago Critias o el antivitalista Sócrates. Esa sociedad abierta de sofistas, *parresía* y ritos eleusinos que sucumbió a la propia soberbia (*hýbris*) que combatió contra los persas, a saber, el imperialismo.

Es ese recuerdo de las Guerras persas, *lieux de mémoire* identitarios como pocos en el imaginario griego, el que recorre algunos de las páginas del libro y que en el capítulo 6, con los espartanos de las Termópilas pasa a un primer plano del relato. Esa Esparta de Leónidas y sus sacrificados 300 que vencieron moralmente ante la soberbia, la *hýbris*, de Jerjes en el 480 a.C. Aquellos espartanos eran realmente raros, morían sin temblor y sin pavor alguno por la querida patria, camaradería de hoplita plasmada en los poemas de Tirteo, y a la vez lo hacían contando chistes vitriólicos, con sagacidad e ingenio mordaz, suma de humor negro y ardor guerrero que acostumbra a denotar casi siempre una cierta brutalidad consubstancial, admirada por no pocos personajes siniestros de la historia.

No muy lejos les siguieron en algunos aspectos los *competitivos macedonios* (capítulo 7), poco civilizados en origen, amantes del vino y las mujeres, entre otras pasiones y coacciones del deseo, y con un gusto no menor por la belicosidad. Guerreros, con su falange, imbatibles como los espartanos, sí contaban con un rasgo idiosincrásicamente griego, a saber, la competitividad. Es en buena parte Alejandro el protagonista de este capítulo y por él deambulan madres intrigantes como Olimpia, exóticas princesas y eunucos persas o filósofos tan abrumadores como Aristóteles. Esa fusión de culturas a la que aspiró Alejandro, ese cosmopolitismo a la postre tan poco griego, se fue al traste tras la muerte del hijo de Filipo y pronto sus sucesores demostraron que el noble sueño del Macedonio fue tan solo eso, un sueño.

Uno de sus generales, Ptolomeo, junto a sus descendientes, iba a convertir a Alejandría en el nuevo faro del mundo y que guiaría toda travesía por el Mediterráneo. No deja de resultar paradójico que un pueblo en origen tan poco dado a los refinamientos de la cultura hiciese de la bibliomanía su mayor legado a la historia de la civilización. El capítulo 8 está dedicado a esos reyes-dioses que gustaron de bibliotecas y museos y construyeron infinitos mundos en papiro. Ahora deambulan por el relato Euclides, Calímaco, Apolonio de Rodas o Teócrito, más y más nombres y hombres del elenco que Grecia legó a la humanidad y que quitan el hipo, en una Alejandría que sustituyó a Atenas como capital cultural. Ciudad hipnótica, multicultural y multiétnica, a ella sucumbieron hombres como Julio César, quizás por aquella mixtura de oriente y occidente, de ciencia y superstición, de una plétora de dioses y credos que, como en un mercado de especias, embriagaba a sus visitantes ofreciéndoles, como podemos leer también en Cavafis, el condimento de la vida.

El capítulo 9, *Inteligencia griega y poder romano*, es una muestra del horaciano *Graecia capta ferocem victorem cepit et artis intulit in agresti Latium*. Se enhebra en pocas páginas cómo el pueblo conquistado colonizó la mente y el gusto de los romanos, con el griego como lengua de cultura entre las clases aristocráticas, con el lujo, la molicie y el refinamiento que civilizaron al austero militar campesino romano que solo era fiel a Roma

ÍNDICE HISTÓRICO ESPAÑOL



ISSN: 0537-3522

CEHI- Universitat de Barcelona (juny 2020)

y al *mos maiorum*. Cuántos grandes hombres, cuántas bellas palabras, cuánto talento surgió de ese mestizaje: Polibio y Diodoro, Apuleyo, Luciano, Galeno, Pausanias y Estrabón, Plutarco y la lista sigue y sigue... Grecia conquistó Roma, sí, pero la *Urbs* devino el nuevo centro del mundo.

Llegamos al final con esa época de angustia que fue el conflicto entre cristianismo y paganismo que, como todas las épocas de presura, fue un campo abonado y una tierra fértil para un sinfín de bienes y de males. Época, como pocas, de pérdida de seguridades y certezas, de búsqueda de la salvación, la de Orígenes contra Celso, Pablo inventando el cristianismo, empecinados paganos seguidores de Hermes Trimegisto enfrentados a cristianos beligerantes no menos empecinados, emperadores perseguidores –Dioleciano– y cristianos perseguidos, emperadores perseguidos –Juliano el Apóstata– y cristianos perseguidores. Siempre se siente cargado de razón el perseguidor, aunque el faro que le guíe mantenga viva su llama con la sinrazón. Nada más eficaz para el triunfo de una religión que la fe sin fisuras del converso, como la de Agustín. Un emperador hispano, Teodosio, impuso por decreto el cristianismo, aunque fracasó en la práctica, especialmente en oriente. Justiniano creyó condenar definitivamente a la sabiduría pagana ordenando el cierre de las escuelas filosóficas, pero a la sabiduría griega le quedaba todavía un largo recorrido hasta nosotros y, paradójicamente, iban a ser los mismos cristianos los que nos transmitirían su legado, de aquel genio griego que, como decíamos al principio con Goethe, no sabríamos definir por inabarcable, imposible de atrapar en un concepto, en una idea, pero que sentimos como nuestro porque todos somos griegos.

MANEL GARCÍA SÁNCHEZ
(CEIPAC, Universitat de Barcelona)